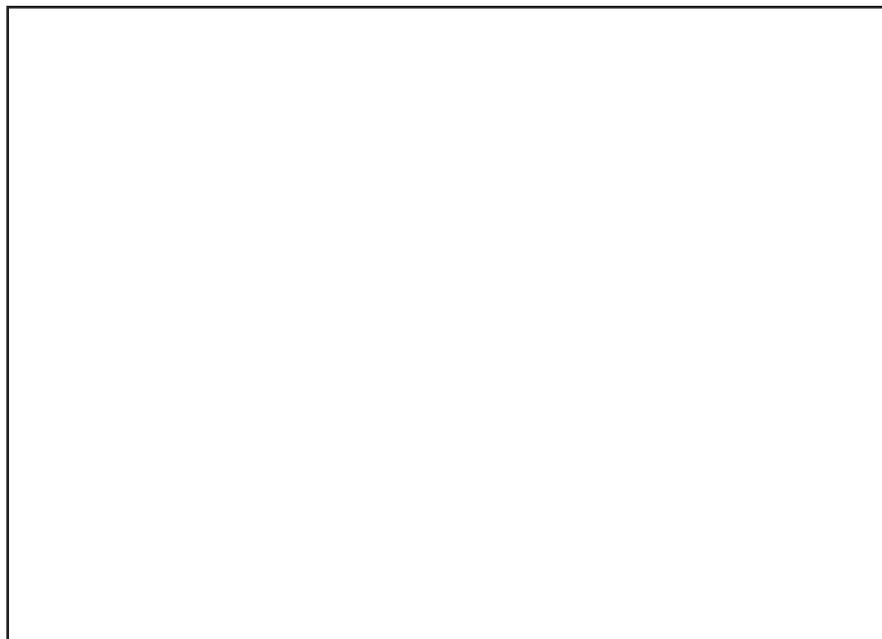


Muerte sin vainilla para Juan¹

Anatael Garay Álvarez
Especialización en Creación Narrativa
Universidad Central



I aquí hay un hombre con su cuerpo de siempre. También su cara de siempre. Nada memorable. 33 años de ser él. Podría llamarse Manuel. Francisco o Gandhi. Es un hombre simple. Y sólo alcanza a llamarse Juan.

Tiene ojeras. Profundas. Oscuras. Dos medias lunas de aceituna oxidándose bajo sus ojos. Son labraduras de un cáncer que lo matará milimétrico. Exacto. De cuerpo entero.

Juan ya sabe que va a morir. Pero no quiere una muerte de nadie. Ni tan simple. Ni tan Juan. Quiere morirse con una muerte ajena. Discreta. Elegante. Una muerte a la carta. Sí. Lo ha pensado bien.

El menú de muertos con muertes memorables es amplio. De todas hay una que Juan quiere morir.

¹ Cuento ganador del Concurso Interno de Cuento 2009 de la Especialización en Creación Narrativa de la Universidad Central.

Juan decide una muerte con nombre indescifrable. Verbal. Silenciosa. Caminante. Sin ojos.

La muerte que Juan quiere morir se llama Borges.

Juan es cajero en la oficina de un banco de la Avenida Chile. Cuenta billetes. Los rojos de diez mil. Todos los días. Durante diez horas. Todos los días. Los verdes de a cinco mil. Mediana estatura. Algo gordo para su rostro. Azules de veinte mil. Blanca cara de quimbaya. De corbata corporativa. Detrás de la ventanilla. Siempre Juan. Todos los días. Cuenta. Cuenta, y cuenta billetes. Azules. Rojos. Verdes. Rosados. Billetes, billetes y más billetes. Mientras muere. Cuerpo entero. Como Juan. Todos los días.

II

Al otro lado de Bogotá. Hacia el occidente. Cerca de El Portal de la 80. Vive un esqueleto. 173 centímetros, sin zapatos. Jorobada. Un esqueleto con nariz de zanahoria bajo sus gafas. Fémures largos. Turulatos. Carabela de pelo rubio *Loreal*. Largo. Como la cola triste de un caballo triste. Podría llamarse Oliva. Como la novia de Popeye. Pero su nombre es enjuto. Estrecho. Como una aguja. Yiyis. Se llama Yiyis. Y si las lombrices del jardín botánico se bautizaran, se llamarían Yiyis. Como las jirafas con gafas.

Yiyis no mataría una mosca. Parece una lombriz. Tiene nombre de lombriz. Pero es una zorra. Le gustan los helados con vainilla. Y los asuntos retorcidos. Y, a veces, algunas veces, también le gusta querer a Juan.

« Te amo, Jirafa Mona... » «Yo también, Perrito, miau miauu.» «Eso es un gato.» «Lo sé, Perrito...» «¿Y entonces?» «Eres mi Perrito bilingüe.» «¿Sí?» «Yes, oui, Perrito, miauu, miauu.» «I love you. »

Juan ama a Yiyis. Y ella, de amar amar, ama las páginas de crónica roja. Colecciona titulares. “Le cortó el pene por despecho.” De verdadero amor. “La besó con cinco puñaladas.” De ardiente pasión. “Con el cortaúñas le arrancó el corazón.” Y recorta. Y pega. Y guarda en un álbum que a nadie permite leer. «Un día escribiré un titular para ti», le prometió a Juan en su cumpleaños.

III

Han llorado la noche. Yiyis lo mira. Lo llora. Con dolor domesticado. Masticable. Con lástima de lombriz. De esqueleto. De jirafa. Lo llora en su corazón. En silencio. Y no evita mirar a Juan como a un titular para su álbum. “El cáncer mató al amor de mi vida.” En silencio.

El cáncer mató al amor de mi vida. Piensa. Otra vez. Mira a Juan. Mala poesía. Se dice. En silencio. Y Camina. Camina. Solitaria. De un lado a otro. En la sala. Camina. Piensa.

Dentro de los ojos de Juan hay una jirafa caminando. En silencio. Como el cáncer. De un lado a otro.

Sobre la mesita. Al lado de la maseta del bosai. Están los exámenes de laboratorio. Repetidos. Confirmados. También el diagnóstico. Invariable. Terminante. Debajo. Muy abajo del bonsái las lombrices caminan. En silencio. Como el cáncer.

IV

Una semana después viajan a Buenos Aires. A Madrid. De Roma a París. En tren. Yiyis lee titulares en las páginas de crónica roja. Juan agoniza. Berna parece más cerca. Y la muerte también. La muerte Juan.

En alguna otra estación la muerte Borges se apaga. Se aleja. Con bastón. Camina. Ciega. Sin Juan.

Alojados en una pensión de mala muerte. Cerca del mausoleo *Père Lachaise*. Juan agoniza. París es una ciudad de trenes. En las estaciones no llega la muerte Borges. Por las avenidas la noche se aleja.

Y Juan se muere con la muerte de Juan. Y llora. Ruega a Yiyis lo deje morir como Juan. Que lo entierre sin la muerte de Borges. En la capilla del barrio *Las Cruces* de Bogotá. Ella lo llora. En su corazón. En silencio. Lo llora.

En silencio. Con un dolor completo. Juan muere con la muerte de Juan. Y a lo lejos. Una lombriz. Una jirafa. Una. «Mi perrito, miau miauu...», mi perrito, miau miauu...». Sin titulares.

Al día siguiente la escena era incompleta. Yiyis apenas era ella. Sola. En una ciudad. Sola. Con un muerto que nunca fue Borges. Que ya no era Juan. Los trenes seguían lejanos. A ninguna parte. Lejanos.

V

Compró una maleta negra. Grande. De turista. Adentro. Once pedazos de Juan. Once muertes de su muerte. Once. Bien contadas. Adentro. La muerte de Juan. Suspendida. En sal de cocina. Trozo a trozo. Recubierta en papel aluminio. Adentro. Sal. Mucha sal. Contra los gusanos. Adentro.

Afuera. Muy afuera. Yiyis. La resuelta. La definitiva. El plan era perfecto. Afuera. Pagar un día más de hotel. Tomar un taxi al aeropuerto. Enviar la maleta por el servicio de carga. Afuera. Cintas adhesivas. Con marcas. *Fragile. Este lado arriba*. Sin destinatario. El plan era perfecto. Afuera.

El plan era perfecto. Pero Yiyis lee un magazine. Se detiene en un titular. Letras rojas. Una foto. Traduce con deleite. Lee. En silencio. “Hallan pene gigante congelado en una pecera”. Y el funcionario toma la maleta. Y la etiqueta con un sello rojo. “Esposa lo cortó del cadáver de su marido para amarlo más allá de la muerte.” Y la despacha por una larga faja mecánica, deslizante. Hasta el centro de despachos internacionales de equipaje. El plan era perfecto. Pero Yiyis lee un magazine.

Nueve minutos después. Yiyis advierte el error. Nueve minutos. Nueve. Demasiado tarde. Pero insistió. Pero lloró. Pero pataleó. Gruñó. Histérica. Como una lombriz. Como un esqueleto. Como jirafa. Demasiado tarde.

Una mujer de uniforme. Oficial. La lleva. Centro de equipajes. La mujer

explica desde su traje policia. Señala. Explica. Pero Yiyis ya no oye. Miles de maletas negras. Miles. Negras. De turista. Etiquetadas. El mismo sello rojo. Un mecanismo automatizado las ordena. Agrupa. Y dispone en pequeños contenedores. Una grúa (repetida por mil) embarca en aviones de carga. En aviones. Con carga de maletas negras. Con nueve pedazos de la muerte de Juan. Con destino a todas las direcciones del mundo. Los ojos de la jirafa se inundaron de sal. Líquida. Tibia. Llorona.

Y Yiyis corre. Corre. Contra los trenes. Huye de ella. A ninguna parte. Corre. Contra ella. Cruza las calles. Los parques. Duerme en los corredores. Olvida correr. La detienen. La deportan.

VI

En las tardes Yiyis espera por Juan. En las tardes. A veces gira un globo terráqueo. Al azar. Deja caer un dedo. Al azar. Quiere adivinar dónde iría a parar aquella maleta. El dedo señala. *Agutaya. Al occidente de Visayas. Filipinas.* Buen lugar para la muerte de Juan. Piensa. Buen lugar. «Perrito, miau, miau», se dice. Todas las tardes.

En su álbum hay un titular. No recuerda leerlo. Ni recortarlo. Ni pegarlo. Un titular. De soledad. “Novia perdió maleta con los huesos de sus novio.” De soledad. Se complace. **hU**